



Somos personas encarnadas

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

*Construir una persona cristiana
encarnada en el mundo,
un ser que se vive a sí mismo
como ser-en-el-mundo.*

(LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA, PÁG. 35)

Somos seres en el mundo. Fuera de él no hay persona humana. Aunque uno no quisiera, su existencia está afectada por todo lo que existe a su alrededor. Y su vida, aunque no lo piense o no lo crea, influye en su entorno más cercano y ayuda a que el mundo sea como es. Influjo personal, es verdad, pequeño. Pero que, unido a todas las demás personas, crea un estilo de vida y sufre las consecuencias positivas y negativas del ambiente cultural, social... creado entre todos.

Desentenderse del resto del mundo es imposible. Ni los más reacios a aceptar que viven en este mundo y en esta sociedad, se libran de su influjo. Ni los que han optado por una vida en soledad o viven alejados incluso espacialmente de la vida y sociedad actuales o han construido su vida en el más absoluto de los egoísmos (éstos menos, porque han edificado su vida sobre o a costa de los demás), pueden liberarse de "estar y ser" con los otros en la sociedad en que les ha correspondido existir.

Sólo quedan, entonces, dos opciones: acomodarse a este mundo como elemento pasivo y, por tanto, sometido a lo que le den y hagan los demás, o convertirse en actor consciente de su propia vida y de la sociedad en la que vive para mejorarlas según el proyecto personal y social que quiere imprimirles. O sometidos a lo que hay de modo pasivo o activo para que permanezca en su favor, o creadores de un mundo mejor y más justo para todos. No hay alternativa. No hay posibilidad de huida.

Dios, valga la expresión, "lo sabía". Por eso, como su voluntad es salvar a la persona, darle motivos por los que vivir y comprometerse, ofrecerle otro modo de ser y de actuar... se hizo hombre. No le quedaba más remedio. No por obligación, sino por

amor. Su amor, para ser comprendido y aceptado, debía ser un amor ENCARNADO, hecho carne, historia humana, dolor y alegría, aceptación y rebeldía, realidad y esperanza, utopía y compromiso. Por eso, nuestro Dios es un Dios encarnado, sometido y libre. Es Jesús de Nazaret, Hijo del Padre y nuestro hermano real, “que ha experimentado todas nuestras flaquezas, excepto el pecado” (Heb. 4,15). Todo, menos el sometimiento a la maldad de este mundo, que es el verdadero pecado, porque sirve a otros dioses, los que oprimen al hombre, y no al Dios liberador y salvador.

A los cristianos nos corresponde “encarnarnos”, si queremos ser seguidores de un Dios Encarnado. Tampoco tenemos alternativa. A no ser que queramos quedarnos con el nombre de cristianos, pero no con su verdad. Gran incongruencia, la mayor. El Gran Pecado: tomar el Nombre de Dios en vano.

1. Cuando la fe y la vida van por pistas paralelas

No por otras razones, debemos comenzar advirtiendo quién no es una persona encarnada desde la perspectiva cristiana. El Vaticano II dejó escrito que “el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época” (Gaudium et spes, 43^a). Tenemos aquí un primer aspecto de la no encarnación: la separación fe y vida. Es la situación de aquellos que dicen profesar la fe cristiana, pero ésta para nada ni en nada transforma su vida. El Concilio llama a esta actitud, conviene recordarlo, “uno de los más graves errores de nuestra época”, de los cristianos de hoy y ¿de siempre?

Viven en este error quienes, llamándose a sí mismos cristianos, no se distinguen en su manera de pensar, sentir y actuar de quienes están perfectamente identificados con un modo de vivir egoísta, superficial y materialista. En su existencia, por un lado va la fe (si a eso se le puede llamar fe) y por otro la vida. Como líneas paralelas que nunca llegan a encontrarse.

Pero hay que concretar más. También lo hace el Concilio en el mismo número de la Constitución Gaudium et Spes. Rechaza la equivocación de quienes piensan que los asuntos temporales son ajenos del todo a la vida religiosa. Porque ésta se reduciría “meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales”.

No es, por tanto, una persona cristiana encarnada la que vive en la incoherencia entre lo que cree y vive o en el espiritualismo que reduce la fe al culto. Ambas posturas dan la espalda a las personas y al mundo. No sólo se desentienden de ellos, sino que falsean la fe cristiana que o es encarnada o simplemente no es. Unir la fe con la vida y la vida con la fe es la manera de ser cristiano encarnado. Porque la encarnación inevitable se da, ya lo hemos dicho, simplemente por ser humanos. La encarnación cristiana se inscribe en esa encarnación humana que busca transformarse a uno mismo y a la sociedad. No es posible una encarnación cristiana pasiva o acomodada a lo que hay.

2. Vivir la fe en medio de la realidad

Cristo es el criterio por el que se ha de regir el cristiano para ser una persona encarnada. Cristo es, dice nuestra fe, el Hijo de Dios encarnado. Que no significa solamente que se hizo “carne”, que se hizo hombre. Hay más: “siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres” (Flp. 2,6-7). O como dice San Juan en su evangelio (1,14): “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. Este “habitó entre nosotros” indica que hizo

suya la condición humana. Es decir, que no se encarnó como un superman divino . “Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre” (Vat.II, G. et S. 22b).

El Concilio describe la consecuencia de este hecho para el cristiano: “Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios” (Vat. II; idem, 43^a)

Encarnarse cristianamente es correr la misma suerte de todos, vivir la vida –todos sus aspectos- humanamente, pero iluminándola desde la fe. El cristiano encarnado goza, trabaja, se alegra, sufre, ama, busca, duda, vive en esperanza o desconcierto igual que todos los demás. Vive identificado con la vida de su gente, de su barrio, de su pueblo, de las preocupaciones y conflictos por la justicia... Pero aporta una orientación y una luz fundamental: su fe.

El cristiano se siente humano entre los humanos. Vive entre ellos. El gozo de los demás es su gozo; el sufrimiento ajeno es su propio sufrimiento; padece la injusticia y goza de la justicia como toda persona; son suyas las esperanzas de los demás. Y, en medio de todo esto, vive como creyente en Cristo, guiándose y aportando el estilo y el mensaje de Jesús. Encarnado para transformar. Para “salvar”, en terminología cristiana.

El modo cristiano de afrontar la realidad tiene una característica importante que hemos de tener siempre en cuenta. La actuación de los cristianos no es parecida a la de este mundo. El cristianismo nace débil. El cristiano encarnado no tiene miedo a la debilidad. De ese miedo puede nacer en el cristiano algo realmente negativo en su modo de vivir la fe: la voluntad de imitar el modo de proceder de las personas impregnadas del espíritu de este mundo: ser fuertes a su manera, lo cual es absurdo. No es ésta la fuerza de los cristianos.

Por otra parte, los cristianos no estamos destinados a ser espectadores de la historia, de manera lánguida y despreocupada. Existe una fuerza de los cristianos, como dice el apóstol Pablo: “Cuando me siento débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Cor. 12,10). La debilidad y, por tanto, la pobreza no son condiciones de flaqueza para los cristianos, más bien son el terreno en el que se desarrolla nuestra fortaleza original. En esta perspectiva es como podemos entender esta expresión que parece contradictoria a primera vista: “la fortaleza débil” de los cristianos. Seguro que la hemos experimentado si nos hemos empleado decididamente en el trabajo transformador de este mundo nuestro.

El desprecio o el olvido de esta debilidad y de la pobreza nos coloca a los cristianos en una condición de sometimiento a la mentalidad corriente y, por tanto, casi reduciéndonos al silencio y a la inoperancia evangélica, porque así sólo podemos adherirnos a las propuestas según este mundo que otros presentan a la sociedad. La debilidad y la pobreza son el terreno en el que distanciarse de las idolatrías de este mundo, de su fascinación y de su arraigo en la vida cotidiana. Sin embargo, “la debilidad y la pobreza no remiten a una idea, sino más bien a una realidad muy concreta: a los pobres en la historia, a los que están cerca y a los que están lejos. En la Iglesia no se puede hablar de pobreza y de debilidad en abstracto, como una idea de privación de algo. Hablar de pobreza nos lleva a mirar a la cara de los pobres y a los débiles. La pobreza se conoce a través de los pobres que son contemporáneos nuestros” (Andrea Riccardi, San Egidio, Roma y el mundo, Barcelona 2001, pág. 237).

3. Terminando

Todo esto que acabo de escribir es un simple esbozo, un sencillo punto de partida para seguir profundizando personalmente y en grupo. De modo teórico para conocer mejor en qué consiste una persona encarnada. Y de manera práctica haciendo la experiencia de vivir cada vez más conscientemente en medio del mundo, para construirlo según el corazón del Padre desde nuestros trabajos y desde nuestro compromiso transformador. Transformación que incluye tanto nuestra persona como toda la realidad, guiados por nuestra fe en Cristo y nuestra opción por su mensaje, el Reino de Dios..

Encarnarse, como dice más técnicamente nuestro Proyecto de Formación es vivirse a sí mismo “como ser-en-el-mundo”. Así, construyendo una palabra con una frase. Ser-en-el-mundo. No podemos rechazar que somos personas en el mundo. Más aún: sólo podemos ser personas en el mundo. Y únicamente somos personas cristianas encarnadas si hacemos realidad nuestra fe en medio de todo lo que nos rodea, sintiéndonos uno más entre los otros, viviendo la misma historia y aportando la luz de la fe.

Podríamos aplicar a este tema estas claras palabras del Vaticano II: “El cristiano que falta a sus obligaciones temporales (es decir: el cristiano no encarnado) falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios (porque creemos, añadido, en un Dios encarnado) y pone en peligro su eterna salvación” (idem, 43).

Ser una persona encarnada, ser-en-el-mundo, para el cristiano es vivir plenamente identificado con la realidad humana y con el mundo aportando la fe en la persona y experiencia de Cristo. Una fe que es encarnación transformadora.

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarlo